

1er. Capítulo

Las cosas que no nos dijimos

Marc Levy



¿Y si tuvieras una segunda oportunidad?

Marc Levy

LAS COSAS QUE NO NOS DIJIMOS

Traducción de Isabel González-Gallarza

Hay sólo dos maneras de ver la vida:
una como si nada fuera un milagro
y la otra como si todo fuera milagroso.

ALBERT EINSTEIN

1

–Bueno, ¿qué te parece?

–Vuélvete y deja que te mire.

–Stanley, llevas media hora examinándome de pies a cabeza, ya no aguanto ni un minuto más subida a este estrado.

–Yo lo acortaría un poco: ¡sería un sacrilegio esconder unas piernas como las tuyas!

–¡Stanley!

–Cariño, ¿quieres mi opinión, sí o no? Vuélvete otra vez para que te vea de frente. Lo que yo pensaba, no veo diferencia entre el escote de delante y el de la espalda; así, si te manchas, no tienes más que darle la vuelta al vestido... ¡Delante y detrás, lo mismo da!

–¡Stanley!

–Esta idea tuya de comprar un vestido de novia de rebajas me horripila. Ya puestos, ¿por qué no lo compras por Internet? Querías mi opinión, ¿no?, pues ya la tienes.

–Tendrás que perdonarme que no pueda permitirme nada mejor con mi sueldo de infografista.

–¡Dibujante, princesa! Señor, cómo me horroriza el vocabulario del siglo XXI.

–¡Trabajo con un ordenador, Stanley, no con lápices de colores!

–Mi mejor amiga dibuja y anima maravillosos personajes, de modo que, con ordenador o sin él, es dibujante y no infografista; ¡parece mentira, todo tienes que discutirlo!

–¿Lo acertamos o lo dejamos tal cual?

–¡Cinco centímetros! Y ese hombro hay que rehacerlo, y el vestido hay que meterlo también de cintura.

–Vale, que sí, que lo he entendido: odias este vestido.

–¡Yo no he dicho eso!

–Pero es lo que piensas.

–Déjame participar en los gastos, y vámonos corriendo al taller de Anna Maier; ¡te lo suplico, escúchame por una vez!

–¿Diez mil dólares por un vestido? ¡Estás loco! Tú tampoco te lo puedes permitir, y además no es más que una boda, Stanley.

–¡Tu boda!

–Ya lo sé –suspiró Julia.

–Con toda su fortuna, tu padre podría haber...

–La última vez que vi a mi padre yo estaba en un semáforo, y él, en un coche bajando la Quinta Avenida... Hace seis meses de eso. ¡Fin de la discusión!

Julia se encogió de hombros y bajó del estrado en el que estaba subida. Stanley la tomó de la mano y la abrazó.

–Cariño, todos los vestidos del mundo te quedarían divinos, yo sólo quiero que el tuyo sea perfecto. ¿Por qué no le pides a tu futuro marido que te lo regale él?

–Porque los padres de Adam ya van a pagar la ceremonia, y yo preferiría que no se comentara en su familia que se va a casar con poco menos que una pordiosera.

Con paso ligero, Stanley cruzó la tienda y se dirigió a

unas perchas junto al escaparate. Acodados en el mostrador de caja, los vendedores, enfrascados en su conversación, no le hicieron el menor caso. Cogió un vestido ceñido de satén blanco y dio media vuelta.

–Pruébate éste, ¡y no quiero oír una sola palabra más!

–¡Es una talla 36, Stanley, ¿cómo quieres que me quepa?!

–¿Qué acabo de decirte?

Julia hizo un gesto de exasperación y se dirigió al probador que Stanley le señalaba con el dedo.

–¡Es una 36, Stanley! –protestó mientras ya se alejaba.

Unos minutos más tarde, la cortina se abrió tan brusca-mente como se había cerrado.

–Vaya, esto ya empieza a parecerse al vestido de novia de Julia –exclamó Stanley–. Vuelve a subirte en seguida al es-trado.

–¿Tienes una polea para izar me hasta ahí arriba? Porque como doble la rodilla...

–¡Te está divino!

–Y si me tomo un canapé, revientan las costuras.

–¡La novia no come el día de su boda! Basta con sacarle un pelín del pecho, ¡y parecerás una reina! ¿Tú crees que conseguiremos que algún vendedor se digne atendernos? ¡Es que, vamos, esta tienda es increíble!

–¡Yo soy quien debería estar nerviosa, no tú!

–No estoy nervioso, lo que estoy es patidifuso de que, a cuatro días de la ceremonia, ¡tenga yo que arrastrarte para ir a comprar tu vestido!

–¡Pero si es que últimamente no he hecho más que trabajar! Y nunca le hablaremos a Adam de este día, hace un mes que le juro que lo tengo todo listo.

Stanley se apoderó de un acerico con alfileres abandona-

do sobre el reposabrazos de un sillón y se arrodilló a los pies de Julia.

—Tu marido no es consciente de la suerte que tiene, estás espléndida.

—Para ya con tus puyitas sobre Adam. ¿Se puede saber qué tienes que reprocharle?

—Se parece a tu padre...

—Qué tonterías dices. Adam no tiene nada que ver con mi padre; de hecho, no lo puede ni ver.

—¿Adam no puede ni ver a tu padre? Hombre, eso le da puntos.

—No, es mi padre el que no puede ni ver a Adam.

—Tu padre siempre ha odiado a todo el que se acercara a ti. Si hubieras tenido un perro, lo habría mordido.

—En eso tienes razón, si hubiera tenido un perro, seguro que habría mordido a mi padre —dijo Julia riendo.

—¡Tu padre habría mordido al perro, no al revés!

Stanley se puso en pie y retrocedió unos pasos para contemplar su trabajo. Asintió con la cabeza e inspiró profundamente.

—Bueno, ¿y ahora qué pasa? —quiso saber Julia.

—Es perfecto, bueno, no, tú eres perfecta, no el vestido. Deja que te ajuste la cintura y por fin podrás invitarme a comer.

—¡En el restaurante que tú elijas, querido!

—Con este sol, en la primera terraza por la que pasemos; con la única condición de que esté a la sombra y de que dejes de moverte para que pueda terminar con este vestido... casi perfecto.

—¿Por qué casi?

—¡Porque es de rebajas, cariño!

Una vendedora que pasaba por allí les preguntó si necesitaban ayuda. Stanley la ahuyentó con un gesto.

–¿Tú crees que vendrá?

–¿Quién? –preguntó Julia.

–¡Pues tu padre, tonta, ¿quién va a ser?!

–Para ya de hablarme de él. Te he dicho que hace seis meses que no tengo noticias tuyas.

–Eso no quiere decir que...

–¡No vendrá!

–¿Y tú, acaso le has dado tú noticias tuyas?

–Hace tiempo que renuncié a contarle mi vida al secretario personal de mi padre porque papá está de viaje, o en una reunión, y no tiene tiempo de hablar con su hija.

–Pero le habrás enviado una invitación, espero.

–Bueno, ¡ya está bien, ¿no?!

–¡Casi! Sois como un viejo matrimonio: se siente celoso. ¡Todos los padres se sienten celosos! Ya se le pasará.

–Es la primera vez que lo defiendes. Y si somos un viejo matrimonio, entonces hace años que nos divorciamos.

Desde el interior del bolso de Julia se oyó la melodía de *I Will Survive*. Stanley la interrogó con la mirada.

–¿Quieres que te pase el teléfono?

–Seguro que es Adam, o alguien del trabajo...

–No te muevas, vas a echar a perder todo mi esfuerzo. Ahora te lo traigo.

Stanley metió la mano en el bolso lleno de cosas de su amiga, extrajo el móvil y se lo tendió. Gloria Gaynor calló al instante.

–¡Demasiado tarde! –murmuró Julia mirando el número que aparecía en la pantalla.

–¿Quién era entonces? ¿Adam o el trabajo?

–Ni uno, ni otro –contestó ella con el ceño fruncido.

Stanley se la quedó mirando fijamente.

–¿Qué es esto, una adivinanza?

–Era la oficina de mi padre.

–¡Pues corre, llámalo tú!

–¡Ni hablar! Que me llame él, no te digo.

–Es lo que acaba de hacer, ¿no?

–Es lo que acaba de hacer su secretario, era su número.

–Esperas esta llamada desde que echaste al correo la invitación, deja de comportarte como una niña. A cuatro días de la boda, agobios, los justos... ¿O es que quieres que te salga una calentura enorme en el labio o un sarpullido espantoso en el cuello? Venga, llámalo inmediatamente.

–¿Para que Wallace me explique que mi padre lo siente en el alma pero que estará en el extranjero y que, por desgracia, no le es posible anular un viaje previsto desde hace meses? ¿O que, desgraciadamente, ese día tiene un asunto importantísimo y no sé qué más excusas?

–¡O que está encantado de asistir a la boda de su hija y quiere asegurarse de que, pese a sus diferencias, ésta lo sentará en la mesa de honor!

–A mi padre le traen sin cuidado los honores; si viniera, preferiría que lo sentara junto al guardarropa, ¡siempre y cuando la muchacha encargada tuviera buen tipo!

–Deja de odiarlo y llámalo, Julia. Y si no, mira, haz lo que quieras, al final te pasarás la boda entera pendiente de si viene o no, en lugar de disfrutarla.

–¡Bueno, así al menos no pensaré en que no puedo ni oler los canapés si no quiero que reviente el vestido que me has elegido!

–*Touché*, cariño! –silbó Stanley, dirigiéndose a la puerta

de la tienda—. Ya comeremos juntos un día que estés de mejor humor.

Julia estuvo a punto de tropezar al bajar del estrado y corrió hacia él. Lo agarró del hombro y, esta vez, fue ella quien lo abrazó.

—Perdóname, Stanley, no quería decir eso, lo siento.

—¿A qué te refieres, a lo de tu padre o a lo del vestido que tan mal he elegido y ajustado? No sé si te habrás fijado, ¡pero no me ha parecido que ni tu bajada catastrófica del estrado ni tu carrerita por esta porquería de tienda hayan reventado la más mínima costura!

—Tu vestido es perfecto, eres mi mejor amigo, sin ti no podría ni pensar siquiera en presentarme ante el altar.

Stanley miró a Julia, se sacó un pañuelo de seda del bolsillo y enjugó los ojos húmedos de su amiga.

—¿De verdad quieres cruzar la iglesia del brazo de una loca como yo, o tu última jugarreta consistiría en hacerme pasar por el malnacido de tu padre?

—No te hagas ilusiones, no tienes arrugas suficientes para resultar creíble en ese papel.

—Tonta, el cumplido te lo hacía yo a ti quitándote más años de la cuenta.

—¡Stanley, quiero ir de tu brazo al altar! ¿Quién sino tú podría conducirme hasta mi marido?

Él sonrió, señaló el móvil de Julia y dijo con voz tierna:

—¡Llama a tu padre! Voy a darle instrucciones a la cretina de la vendedora, que no tiene pinta de saber lo que es un cliente, para que tu vestido esté listo pasado mañana, y por fin podremos irnos a almorzar. ¡Llama ahora mismo, Julia, que me muero de hambre!

Stanley dio media vuelta y se dirigió a la caja. De camino,

le lanzó una ojeada a su amiga, la vio dudar un momento y decidirse por fin a llamar. Entonces aprovechó para sacar discretamente su talonario, pagó el vestido, los arreglos de la modista, y añadió un suplemento para que todo estuviera listo en cuarenta y ocho horas. Se metió el resguardo en el bolsillo y volvió junto a Julia, que justo acababa de colgar.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente—. ¿Viene a la boda?

Julia negó con la cabeza.

—¿Y esta vez qué pretexto ha esgrimido para justificar su ausencia?

Julia inspiró profundamente y miró con fijeza a Stanley.

—¡Ha muerto!

Los dos amigos se quedaron un momento mirándose, sin decir una palabra.

—¡Vaya, tengo que decir que esta vez la excusa es irreprochable! —susurró Stanley.

—¡Eres un idiota!

—Estoy confundido, no es eso lo que quería decir, no sé ni cómo se me ha podido ocurrir decir algo así. Perdóname, cariño.

—No siento nada, Stanley, ni el más mínimo dolor en el pecho, ni la más mínima lágrima.

—Eso ya vendrá, no te preocupes, es que todavía no has asimilado la noticia.

—Que sí, que sí, te aseguro que la he asimilado perfectamente.

—¿Quieres llamar a Adam?

—No, ahora no, más tarde.

Stanley miró a su amiga, inquieto.

—¿No quieres decirle a tu futuro marido que tu padre acaba de morir?

–Murió anoche, en París; repatriarán su cuerpo por avión, el entierro será dentro de cuatro días –añadió Julia con una voz apenas audible.

Stanley se puso a contar con los dedos.

–¿Este sábado? –dijo abriendo unos ojos como platos.

–La misma tarde de mi boda... –murmuró Julia.

Stanley se dirigió en seguida hacia la cajera, recuperó su talón y arrastró a Julia a la calle.

–¡Te invito yo a comer!

La luz dorada de junio bañaba Nueva York. Los dos amigos cruzaron la Novena Avenida y se dirigieron a Pastis, una cervecería francesa, verdadera institución en ese barrio en plena transformación. Durante los últimos años, los viejos almacenes del distrito de los mataderos habían cedido paso a los rótulos de lujo y a los creadores de moda más conocidos de la ciudad. Como por arte de magia, habían surgido numerosos comercios y hoteles de prestigio. La antigua vía de ferrocarril a cielo abierto se había transformado en un paseo, que subía hasta la calle 10. Allí, una antigua fábrica reconvertida albergaba ahora un mercado biológico en la planta baja, mientras que las demás plantas se las repartían productoras y agencias publicitarias. En la quinta, Julia tenía su propia oficina. Allí también, las orillas del río Hudson, acondicionadas, acogían ahora un paseo para ciclistas, adeptos del *jogging* y enamorados de los bancos típicos de las películas de Woody Allen. Desde el jueves por la noche, el barrio estaba abarrotado de visitantes procedentes de Nueva Jersey que cruzaban el río para pasear y distraerse en los numerosos bares y restaurantes de moda.

Instalado en la terraza de Pastis, Stanley pidió dos té.

–Ya debería haber llamado a Adam –reconoció Julia con aire de culpabilidad.

–Si es para decirle que tu padre acaba de morir, sí, ya deberías haberle informado de ello, no cabe duda. Ahora, si es para anunciarle que tenéis que aplazar la boda, que hay que avisar al cura, al catering, a los invitados y, por consiguiente, a sus padres, entonces digamos que la cosa aún puede esperar un poquito. Hace un tiempo fantástico, dale una horita más antes de estropearle el día. Además, estás de luto, eso te da todo el derecho del mundo a hacer lo que te dé la gana, ¡así que aprovecha!

–¿Cómo voy a anunciarle algo así?

–Cariño, no debería costarle comprender que es bastante difícil enterrar a un padre y casarse, todo en la misma tarde; y aunque adivine que tal idea podría tentarte pese a todo, deja que te diga que no sería muy apropiada. Pero ¿cómo ha podido pasar algo así? ¡Dios santo!

–Créeme, Stanley, Dios no tiene nada que ver en esto; mi padre, y nadie más que él, ha elegido esta fecha.

–¡No creo que decidiera morir anoche en París sin más fin que el de comprometer tu boda! Si bien le concedo cierto refinamiento en lo que a la elección del lugar se refiere.

–¡No lo conoces, es capaz de cualquier cosa con tal de fastidiarme!

–¡Tómame el té, disfrutemos del sol y, después, llamaremos a tu ex futuro marido!